

El amor por la naturaleza, los valores humanistas y universales contenidos en *Platero y yo*

Francisco Morales Lomas

Universidad de Málaga

LOS VALORES HUMANISTAS DE *PLATERO Y YO* Y LA RELACIÓN CON LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

Platero y yo es un libro institucionista. Ya lo había advertido Francisco Giner de los Ríos y con él la visión de un nuevo humanismo, ese hombre en el que pretendía asentar sus bases ideológicas la conformación de un nuevo individuo social. La filosofía krausista, como ideología en la que se fundamenta toda la Institución, potenciaba un nuevo modelo individual y colectivo, más racional, más ético y más humano junto al desarrollo de la conciencia en un racionalismo armónico consecuente que conformara un ser respetuoso, tolerante y equilibrado. Así surgen principios como la solidaridad humana en la pluralidad:

Un profundo sentimiento de solidaridad humana en la pluralidad, una convicción que haga a todo individuo algo sagrado en cuanto ser humano, y más cercano que distante de nosotros en cuanto miembro de otra confesión u otro partido. Solo así, en opinión de estos educadores, no se lesionan los elementos centrales del humanismo integral que se encuentra como un germen en la personalidad del niño (Martínez-Salanova Sánchez, s. p.)

Esta base ideológica está muy presente en la genial obra del autor moguerense que participa de una reivindicación social precisa y certera, directa y

generosa cuando percibe como una densidad aciaga el pensamiento de la pobreza infantil, de los niños, víctimas propicias del desorden social y la jerarquización injusta. Así podemos leerlo en el texto III, “Juegos del anochecer”:

Cuando, en el crepúsculo del pueblo, Platero y yo entramos, ateridos, por la oscuridad morada de la calleja miserable que da al río seco, los niños pobres juegan a asustarse, fingiéndose mendigos (...) ¡Sí, Sí! ¡Cantad, soñad niños pobres! Pronto, al amanecer vuestra adolescencia, la primavera os asustará, como un mendigo, enmascarada de invierno. – Vamos, Platero (Juan Ramón Jiménez, 2007: 34-35).

Se sabe que los niños ejercieron en Juan Ramón Jiménez una extraordinaria dinámica afectiva acaso también porque Platero era como una especie de niño y así lo dice expresamente Juan Ramón: “Yo trato a Platero cual si fuese un niño. Si el camino se torna fragoso y le pesa un poco, me bajo para aliviarlo. Lo beso, lo engaño, lo hago rabiar... Él comprende bien que lo quiero, y no me guarda rencor” (Juan Ramón Jiménez, 2007: 108). Pero también, como hemos escrito en “La poesía infantil y juvenil de Juan Ramón Jiménez” (Morales Lomas, 2011: 522), las razones de este afecto compartido y solidario hacia la desgracia infantil de tan clara raigambre krausista también tienen que ver en lo más recóndito de su biografía:

Las condiciones educativas que había sufrido JRJ (en los jesuitas) hacen que se muestre especialmente cómplice del dolor de la infancia, el compromiso de Zenobia para con los niños desde su juventud coadyuvan y el encuentro con Tagore que había vivido su infancia en la escuela, con dolor también, se hace definitivo.

Una visión reivindicativa que se ha emparentado con Baudelaire en *Le Spleen de Paris* (1862) cuando el escritor francés denunciaba también la infancia maltratada. El dolor de los débiles y es infancia lesionada operan en Juan Ramón Jiménez un dolor profundo:

Y los niños del casero, que no tienen Nacimiento, se vienen alrededor de la candela, pobres y tristes, a calentarse las manos arrecidas, y echan en las brasas bellotas y castañas, que revientan, en un tiro. Y se alegran luego, y saltan en el fuego que ya la noche va enrojeciendo, y cantan: ...Camina, María/ camina, José... Yo les traigo a Platero y yo, y se lo doy, para que jueguen con él (Juan Ramón Jiménez, 2007: 240-241).

Niños greñudos y harapientos, niños paupérrimos cuya miseria no ennoblece sino que produce un sufrido espectáculo conmovedor y cuyas descripciones aprisionan el alma del lector con una fuerza irrenunciable, un dolor compartido y solidario como siempre fue el dolor por la infancia de raíz krausista.

Cuando en el verano de 1903, Juan Ramón pasó una temporada en la sierra de Guadarrama con el doctor Francisco Sandoval y, a su regreso, abandonó el sanatorio para vivir en la casa del doctor Simarro, este lo puso en contacto con Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío en la Institución Libre de Enseñanza. Una institución cuyo ambiente intelectual, de base krausista, marcó intensamente la formación ética y estética del poeta: “Un cultivo profundo del ser interior y un convencimiento de la sencillez natural del vivir”. (Juan Ramón Jiménez Mantecón, 2014: s. p.). La relación con la Institución tuvo una naturaleza tan profunda que muchas de sus ideas andan plasmadas en una obra a la que Francisco Giner de los Ríos consideró como un libro extraordinario (Fusi Aizpurúa, 1999: 53) y a quien se hacía responsable de que finalmente llegara a escribirlo y al que tuvo en la mesilla de noche hasta el último día de su vida:

Giner de los Ríos le dio el espaldarazo total al libro porque en él se daban también todos los principios de la Institución Libre de Enseñanza, el amor por los animales, la naturaleza, la sencillez, la vida en el campo, los valores humanistas y universales... (Hernández-Pinzón)

Y es que *Platero y yo* respondía fielmente a la ideología de la Institución Libre de Enseñanza, que estaba defendiendo la aproximación a la naturaleza para aprender de ella y de sus seres primigenios, los que estaban en disposición de

proporcionar al ser humano: una lección de humanismo. Quizás por esa razón definitiva gozó el privilegio de convertirse en libro de inexcusable lectura en los primeros niveles educativos de España y de la América hispana, traducándose muy pronto a las más importantes lenguas de cultura del mundo, y luego a la mayoría, si no a todos los idiomas del globo, como nos recordaba en la Introducción a la obra el profesor Antonio Gómez Yebra.

En la Institución Libre de Enseñanza podríamos decir que Juan Ramón Jiménez descubre un humanismo de nuevo cuño y una alianza que nos interesa de un modo fundamental porque refleja nuestro pensamiento actual de humanistas solidarios: la alianza entre ética y estética:

De esta forma la labor creativa del poeta será, de forma inseparable, una estética –la búsqueda de la belleza- y una ética –la búsqueda del perfeccionamiento moral-. El austero idealismo laico y liberal de los institucionistas supuso en Juan Ramón el abandono definitivo de toda religiosidad ortodoxa y una postura anticlerical, a favor del cultivo de una conciencia libre y de la propia trascendencia interior, que dio cauce creativo a su constante inquietud espiritual (Alarcón Sierra, 2003: 49).

Una idea reforzada permanentemente con el paisaje que opera de almacén estético y fuerza de sublimación pero también con imágenes de una profunda raigambre que hunden su rizoma en el lirismo más ciclópeo y abundan en la crueldad del ser humano y en el oprobio de la muerte en una suerte de purificación conmovedora en la que “mi alma se derrama, purificadora, como si un raudal de aguas celestes le surtiera de la peña en sombra del corazón” (Juan Ramón Jiménez 2007: 233). Pues como bien ha recogido Manuel García (2007: 22-23) en el Prólogo a *Platero y yo*, la obra posee una fuerte impulso pedagógico de tono krausista, laico y civil:

Consistente en la utilización educativa de la ternura y de la lástima, así como en el valor regenerador de la belleza, tan útil para ennoblecer los instintos más depravados del entonces (¿sólo entonces?) inculto pueblo rural español. Lástima que esos valores krausistas y de la Institución

Libre de Enseñanza, que Juan Ramón conoció desde su época juvenil sevillana y que cultivó desde su obra y su labor de editor en la Residencia de Estudiantes, se truncaran en España con la Guerra Civil y la posterior dictadura.

Pero es el propio Juan Ramón Jiménez, mejor que nadie nos habla de la influencia de lo que supuso para él la obra de Giner de los Rios y esa visión en la que aúna la ética y la estética. En “Un Andaluz de fuego (Elegía a la muerte de un hombre)” reconoció Juan Ramón su gran influjo:

La pedagogía era en Francisco Giner la expresión natural de su poesía íntima (...). Lo conocí a mis 21 años. Y aprendí entonces de él, en su acción de educar a los niños, parte de lo mejor de mi poesía, presencié en el jardín, en el comedor, en la clase, el bello espectáculo poético de su pedagogía íntima (...). La realización no imaginativa, personal de la poesía: en el amor, en la religión, en la educación. Un buen ejemplo para poetas.

EL AMOR POR LA NATURALEZA EN PLATERO Y YO

El profesor Phillips (1981: 105-112) vio con claridad que la naturaleza en Juan Ramón Jiménez no se explica nunca sin la perspectiva. El poeta moguerense sabía que la naturaleza por sí misma solo representaba una parte cercenada y con su palabra trató de esclarecer todos los matices posibles y conformarla en una riqueza sentimental e íntima. Esta asimilación de perspectivas se concita con una melancolía resignada y una fuerte presencia de la esencia de la expresión lírica. Pero es una naturaleza con una lograda impronta neorromántica, porque JRJ, en el afán por desnudarse de ropajes modernistas excesivos, acudió a Bécquer y Espronceda. Y su mundo de Moguer, la naturaleza en *Platero y yo* es Moguer, se presenta con pocas notas discordantes que impidan una armonía conquistada, que ya venía delimitada en su libro *Arias tristes*. Los motivos aldeanos y el idilio sentimental que no solo se concita en *Platero y yo* sino en todas las obras que va construyendo en esos años en una intensa añoranza sentimental:

Se oyen vagas y lánguidas músicas que lloran; las tardes tienen largos sueños de color violeta; las tristes estrellas tiemblan en las noches tibias, y vuelve a parecer el pavoroso hombre enlutado, que tanto miedo inspiraba al joven Juan Ramón. Añoranza sentimental e impresionismo que subrayan la belleza de las cosas (Phillips, 1981: 109).

El poeta se unifica con la naturaleza, una simbiosis en la que no existen estructuras autónomas sino identidades que le dan riqueza expresiva y matices sensitivos, por ejemplo, cuando en “Melancolía (CLXXXV)” va a visitar con los niños la sepultura de Platero. El pino es redondo pero también “paternal”; la tierra está adornada de lirios amarillos y el trino de los chamarices es menudo, florido y reidor. Y Platero, que está allí pero no está, se encuentra en un prado del cielo llevando en su lomo a los ángeles adolescentes. JRJ le habla entonces. Le reclama su recuerdo mientras la imagen de la leve mariposa blanca revolotea “igual que un alma, de lirio en lirio”. La naturaleza en este espacio ordena el mundo pero, sobre

todo, ordena los sentimientos, los configura creando un animismo sentimental que tiene su esencia en su idealismo emocional y espiritualizado:

Juan Ramón describe seguramente con cierta exactitud la escena natural, inserta siempre en un paisaje poético; pero en esta poesía del melancólico yo sentimental todo se halla dispuesto para expresar su propio mundo interior. La descripción, pues, está en función de su propia alma reflejada en la realidad exterior. Tal sentimiento del paisaje como estado del alma, según Juan Ramón se inicia en Bécquer (Phillips, 1981: 110).

Y es naturaleza estremecida por el alma de las cosas, por su animismo ensimismado, que tiene mucho de inmovilidad sentimental en su propio mundo natural: Moguer y sus alrededores, esa cumbre de "Paisaje grana", donde todo está empurpurado o en el pinar verde que se agria en una "esencia mojada, penetrante y luminosa. Y entonces Platero, el animal, es también el paisaje mismo: "Granadas de ocaso sus ojos negros, se va, mango, a un charquero de aguas de carmín, de rosa, de violeta; hunde suavemente su boca en los espejos, que parece que se hacen líquidos al tocarlos él" (Juan Ramón Jiménez, 2007: 62). Hay una traslación de la naturaleza a los seres humanos o a los animales y viceversa en cuanto a los colores, las sensaciones y los elementos visuales. Todo conforma esa animación espiritual que dota a las cosas de vida. Una plenitud constante donde la palabra enfila sus nostalgias que en estas palabras de "El árbol del corral (XLV)" se llenan plenamente de sentido: "Un árbol cualquiera que por primera vez acariciamos, nos llena, Platero de sentido el corazón" (Juan Ramón Jiménez, 2007: 112). Platero y yo es, pues, Moguer, el alma de Moguer, y la historia de una retirada, como dijo Julián Marías (1981: 197). Un espacio para el reencuentro con el yo, pues la naturaleza admite ese panteísmo personalizado y plural, ético, pero también de encuentro con uno mismo, con la soledad compartida, una soledad que se comunica con el yo del título. En ese espacio para la unidad con el yo, la realidad se muestra implacable, dolorosa, "las cosas se apoderan violentamente de los ojos que las miran" (Marías, 1981: 199). La naturaleza a veces es la huida como en la escena del loco "una serenidad armoniosa y divina", dirá en la obra, un espacio ajeno donde concentrarse en el mundo interior.

Y es que en Juan Ramón Jiménez como confesaba el propio autor se concitaron el conocimiento del campo, la gente de su pueblo, la memoria de ese Moguer de su infancia y la situación personal que sintetizaba el esparcimiento agreste pero con una profunda impronta personal:

El sentimiento melancólico del sujeto lírico se refleja en un conflictivo intento de fusión del espíritu y la naturaleza. Es una experiencia mística que une lo físico y lo espiritual, el sueño y la vida, y que aspira a recrear, a través del verbo, el infefable ideal que percibe escondido en todas las cosas, como una reminiscencia o memoria lejana de la unidad perdida. Las imágenes de la naturaleza no tienen, por tanto, la función de describir una realidad exterior. Lo que el poeta intuye es algo con lo que forjar una visión simbólica de sí mismo, de sus carencias y conflictos vitales (...) Es, por tanto, una poesía vital y ética: la ética de ser consustancial con su poesía (Alarcón Sierra, 2003: 65-66).

LOS ELEMENTOS UNIVERSALES

Siempre se ha dicho de Juan Ramón Jiménez que es uno de nuestros andaluces universales. Y en el caso de *Platero y yo* sus ideas de permanencia admiten esa universalidad e infinitud del libro que adquiere vida propia y acaba conformando el paradigma de los sentimientos y la exaltación de la belleza, de la sencillez y de la espiritualidad, siendo la pureza y la verdad deudoras de ella. Y quizá sean las palabras de Federico de Onís las que condicionan las nuestras: “Su pueblo –su infancia– está por todas partes en su obra, y el alma del pueblo, depurada y exaltada, está en su alma, universal e intemporal” (Onís, 161: 573).

Esa universalidad conforma un espacio propio desde la cercanía y la semejanza de lo más inmediato. Y como sucedía en la obra de Tolstoi (“si quieres ser universal, habla de mi aldea”), en *Platero y yo* su universalidad llega desde su localización en un ámbito reducido sobre el que se proyectan los universales, pues la lectura de *Platero y yo* despierta el amor entre los hombres, la colaboración y la solidaridad, la perseverancia y la fe, la construcción de los sentimientos hacia los enajenados, hacia los débiles y los que sufren. Pero fundamentalmente dar sensibilidad a un animal en un proceso evidente de humanización y una elevación categórica. Pero no es solo categórico en el asno, también se proyectan en la cabra, los pájaros, los bueyes... en esa suerte de compartir el espacio vital en una relación de igualdad de sensibilidades. Y es en estas premisas fundamentalmente donde la obra puede alcanzar un recorrido en donde se sientan identificados los ciudadanos del mundo, pero también en la sensibilidad que nace como un lenguaje de las emociones y los sentimientos:

Apartándonos ahora de los hombres, los animales y los elementos naturales, y volviéndonos al mundo más amplio de la naturaleza, encontramos que humaniza casi todos sus aspectos (...) Aparte de esta humanización, dota al universo de fenómenos naturales de una gran unidad y armonía (...) El poeta encuentra alegría

y consuelo espiritual en ese mundo en el que una armonía y una unidad parecen penetrar todas las cosas y todas las criaturas (Predmore, 1966: 110-111).

En el capítulo XLVII “Amistad” se promociona esa proyección querida de la felicidad como espacio para la unión en ese deleite del burro y el hombre de la mano, en el consuelo de saber lo que al otro le gusta y lo complace (“Sabe que me deleita la veredilla que va, entre céspedes, a la Fuente Vieja; que es para mí una fiesta ver el río... Yo trato a Platero cual si fuese un niño...”). Se trata de una amistad que nace de la bondad, de la comprensión del otro y de los afectos que se universalizan. En el XXXIII “Los húngaros” ofrece una imagen desoladora pero también tierna con esa descripción de los personajes que ambientan la escena: la muchacha, “estatua de fango”, y el chiquillo, que se orina en su barriga, o el hombre y el mono: “Un hombre como un roble, que se rasca; una mujer, como una parra, que se echa; dos chiquillos, ella y él, para seguir la raza, y un mono, pequeño y débil como el mundo, que les da de comer a todos, cogiéndose pulgas...” La compasión, ese sentimiento tan universal, determina el capítulo XXVII “El perro sarnoso”, al crear la imagen de la desolación en ese perro que huye al ser atacado por todos y su muerte terrible (“un redondo aullido agudo”), casi humanizada y esa imagen de arrepentimiento del guarda y la poesía como un espacio para la descripción de la sabiduría y la emotividad de la palabra: “Un velo parecía enlutecer el sol: un velo grande, como el velo pequeñito que nubló el ojo sano del perro asesinado”. Toda una visión conmovedora que nos hace, como dice Predmore (1966: 124):

Enfrentarnos con una visión del mundo más madura, que refleja un contacto íntimo y detenido del autor con el mundo objetivo que lo rodea. Ya sea describiendo exactamente los aspectos negativos de Moguer, o embelleciendo el mundo natural en una alta y lírica unidad.

Existe, en definitiva en su obra un proceso constante de espiritualización en el que la naturaleza se integra perfectamente con el ser humano, se anima en el sentido espiritual, a la vez que este como elemento catalizador asume su papel de dinamizador y expresiva síntesis de constantes vitales, de exaltación de vida aun en el marasmo y la crueldad y la muerte que como vencesajos acuden de continuo para enturbiar esta paz casi conquistada.

Sirvan como evidencia de su pensamiento último estas palabras para conformar su visión de la humanidad:

Nuestro progreso sucesivo ha de tender a nuestra felicidad (...) El hombre verdadero, el auténtico, el cultivado aristócrata por metamorfosis ideal, digo, el aristócrata de intemperie, aristocracia inmanente que une la mayor sencillez de la vida corriente a la mayor riqueza de la vida mayor, es el que desea más la felicidad del mundo, el que busca su propia felicidad en la felicidad general; el que llega, por medio de un concepto claro del sucederse completo de la vida del mundo, a ocupar, emplear y gozar mejor su espacio y su tiempo (...) Si el hombre no se sitúa en el mundo para su fin vive en él de una manera provisional (...) Cuando contemplemos las cosas y los seres, los amemos, los gocemos; cuando tengamos su confianza, porque les hayamos dado la nuestra; cuando los consideremos conciencia plena y como plena conciencia nos manifiesten su contenido, tendremos su más hondo secreto, y así podrán ofrecérsenos como un ideal; que acaso el ideal sea solo un secreto que merezcan los más enamorados. Una vida con más elementos de felicidad posible que esta vida en que vivimos (Juan Ramón Jiménez, 1982: 405-407).

Bibliografía

ALARCÓN SIERRA, Rafael (2003). *Juan Ramón Jiménez. Pasión perfecta*. Madrid: Espasa.

FERNÁNDEZ BERROCAL, Rocío (2014). Cien años de Platero. <http://www.manchoneria.es/Contenido/3381/cien-anos-de-platero>.

FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo (1999). *Un siglo de España. La cultura*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia.

GARCÍA, Manuel (2007). Prólogo en *Obras de Juan Ramón Jiménez. Platero y yo (Elegía andaluza) (1907-1916)*, Madrid-Huelva: Visor-Diputación de Huelva, 7-24.

GARRIDO GONZÁLEZ, José Ángel y PINTO MARTÍN, Amparo (1996). La educación estética en la Institución Libre de Enseñanza. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 27, 151-166.

JIMÉNEZ MANTECÓN, Juan Ramón (2014). Conmemoración del primer centenario de la publicación de Platero y yo de Juan Ramón Jiménez, recuperado de <http://blgrah.rah.es/2014/05/30/se-conmemora-el-primer-centenario-de-la-publicacion-de-platero-y-yo-de-juan-ramon-jimenez/>

JIMÉNEZ, Juan Ramón (2007). *Elejías andaluzas, I: Platero y yo (1907-1916)*. Madrid-Huelva: Visor-Diputación de Huelva.

--- (1982). *Política poética*. Madrid: Alianza Editorial.

MARÍAS, Julián (1981). Platero y yo o la soledad comunicada en *Juan Ramón Jiménez* (Edición de Aurora de Albornoz). Madrid: Taurus, 197-207.

MARTÍNEZ-SALANOVA SÁNCHEZ, Enrique (). “Francisco Giner de los Ríos y los pedagogos de la Institución Libre de Enseñanza” http://www.uhu.es/cine.educacion/figuraspedagogia/0_ginerdelosrios.htm.

MORALES LOMAS, Francisco y MORALES PÉREZ, Lorena (2011). La poesía infantil y juvenil de Juan Ramón Jiménez en *Sociología de la literatura infantil y juvenil*. Granada: Editorial Zumaya.

ONÍS, Federico de (1961). *Antología de la poesía española e hispanoamericana*. Nueva York: Las Américas.

PHILLIPS, Allen W. (1981). Sobre el poeta y la naturaleza en *Juan Ramón Jiménez* (Edición de Aurora de Albornoz). Madrid: Taurus, 105-112.

PREDMORE, Michael P. (1966). La obra en prosa de Juan Ramón Jiménez. Madrid: Gredos.